

Perspectivas

Viendo la dignidad de la persona humana en todas las personas, especialmente en aquellos/as cuya dignidad está más en peligro...

El encuentro de un carisma en la vida de un laico y una laica.

CAMINOS DE
ENCUENTRO ENTRE
CARISMA Y LAICADO

A continuación les presentamos dos experiencias de personas laicas que encontraron un carisma congregacional y lo hicieron parte de sus vidas:

Joyana Jacoby
Karl Nass

1. Mi nombre es Karl Nass, soy un Laico. Mi historia comienza cuando yo estaba trabajando en la Escuela Cristo Rey, una escuela de los jesuitas en Chicago. Mi trabajo consistía en acoger a las/os voluntarias/os de la Universidad de DePaul. Siempre me sorprendió el compromiso de estos estudiantes con una acción voluntaria dentro del marco del más puro personalismo/humanismo: ellas/os recordaban las historias de alegría o tristeza de los niños a quienes servían; recordaban sus nombres y cumpleaños; las celebraciones de fin de año para celebrar sus éxitos, etc.

Los estudiantes de la Universidad de DePaul siempre estaban preocupados de las necesidades humanas y académicas de los niños a quienes ellos acompañaban en los programas de apoyo escolar. Estos voluntarios DePaul tenían una sabiduría de la calle... que les permitía encontrarse con estos niños de una manera auténtica. Muchos de estos niños venían de barriadas pobres donde la única sabiduría necesaria para sobrevivir era la sabiduría de la calle.

El celo que estos estudiantes vicentinos mostraban frente a los demás me contagió hasta lo más íntimo de mi ser... y me ayudó a entender la dignidad de todos estos niños pobres de Cristo Rey.

Poco después de terminar mi trabajo en esta escuela jesuita, encontré la posibilidad de trabajar en el ministerio de la Universidad de DePaul. La pasión y la vida de los estudiantes que había conocido antes me motivaron para presentarme como candidato para este trabajo. En la universidad llegué a conocer al padre Guillermo Campuzano, las hermanas vicentinas y algunas/os otras/os laicas/os que, a través de su amistad, me permitieron en-

tender que el carisma vicentino podía estar vivo en mi propio corazón. Han sido estas amistades, dentro de la comunidad, las que han nutrido mi corazón vicentino, personal y profesionalmente y las que me han llamado a vivir integralmente mi responsabilidad social y mi solidaridad.

Formado por los Vicentinos en Acción (VIA): Historia de un marco doctrinal, una comunidad... ¡El Camino!

Yo fui formado en la manera vicentina de actuar en la Universidad de DePaul. A través del desarrollo colectivo de una manera coherente de educar a los jóvenes, por medio de la experiencia comunitaria de una manera intencional, y del compromiso de servicio con los pobres y marginados de la sociedad. En el tiempo que el ministerio de la universidad se involucró en su implantación estratégica, mi área de trabajo entró en la búsqueda sincera de clarificación sobre la pertinencia y el impacto de los programas de servicio y justicia social. Nuestra evaluación nos llevó a la conclusión de que necesitábamos definir más claramente el componente formativo del ministerio de la universidad en la programación

del servicio y la búsqueda de la justicia social que estábamos haciendo con nuestros estudiantes.

Considerando que nuestra universidad es rica en diversidad cultural y religiosa, nuestro objetivo de mejorar el componente formativo de nuestros programas nos ponía delante de un desafío y una oportunidad. ¿Cómo podíamos promover de la mejor manera los valores de la comunidad, la espiritualidad y el cambio sistémico con los pobres y marginados usando un lenguaje que pudiera comprometer a un grupo de estudiantes tan diverso? ¿Cómo crear un espacio seguro que promoviera la confianza y el diálogo abierto?

Estas preguntas fueron presentadas a un grupo, multi-cultural y de diversas espiritualidades/religiones, de estudiantes, profesores, empleados y personas de las comunidades que servíamos, así como las Hijas de la Caridad y los Vicentinos.

Después de un largo proceso de discernimiento, la respuesta, finalmente, comenzó a aflorar. La mirada de todos se volcó sobre San Vicente, fundador de los vicentinos, para examinar con detenimiento los valores sobre

los cuales él construyó su propia vida. Este hombre de fe profunda y comprometida discernió la voluntad de Dios y encontró “soluciones prácticas a las abrumadoras necesidades de los pobres de su tiempo”¹. Él demostró un amor preferencial por los pobres y “desarrolló un concepto de reevangelización que incluye la promoción humana y la liberación de toda opresión, en lo que San Vicente llamo ‘servicio de los pobres corporal y espiritualmente’”². La vida de San Vicente parecía ser la narrativa obvia para los estudiantes de DePaul que nos permitiría continuar en nuestra intención de conectar los valores propios de la vida en comunidad, la espiritualidad y la solidaridad en sus vidas.

A través de las experiencias vividas por San Vicente, los estudiantes podrían explorar esa sabiduría propia de su vida y lo que ésta podría aportar a su formación como líderes en el trabajo del servicio y la justicia social. De hecho comprobamos que aunque no todos nuestros estudiantes se identificaban con la tradición espiritual/religiosa de San Vicente, todas/os ellas/os podían relacionar, en un nivel u otro, su compromiso social con la narrativa de San Vicente de Paúl.

Para desarrollar el curriculum de VIA nuestro primer paso fue identificar las necesidades de los estudiantes líderes y examinarlos a la luz de los valores de comunidad, espiritualidad y servicio del pobre. Como resultado, identificamos el conocimiento necesario, las habilidades requeridas y los valores necesarios para desarrollar el curriculum formativo del programa. A lo largo de estos años, este programa les ha dado a nuestros estudiantes un lenguaje propio para empezar a reflexionar cómo enfrentar los desafíos de la pobreza local y global, hoy. Siguiendo la dinámica de continuas evaluaciones y la identificación de necesidades emergentes este programa continúa hoy siendo adaptado permanentemente por nuestros ministros y estudiantes líderes.

Fue en esta coyuntura de discernimiento donde el padre Guillermo Campuzano, se involucró en ayudar a la pastoral universitaria a desarrollar una pedagogía basada en los valores cristianos y en su experiencia de solidaridad con los pobres en Latinoamérica. A través de conversaciones, reuniones y presentaciones, compartió unos principios de discernimiento basados en el evange-

lio, en la espiritualidad y en la opción por los pobres. También nos presentó a todos, ministros y estudiantes líderes, libros, literatura, y personas enraizadas/os en la tradición vicentina. Juntos comenzamos a desarrollar un marco de reflexión que nos llevó a tener experiencias vivas de solidaridad, encuentro y transformación con el pobre, que nos ayudó a releer nuestra propia realidad contemporánea, siempre en diálogo directo con la sabiduría de San Vicente de Paúl.

Una de las fuentes principales que él nos presentó fue un artículo escrito por Theodore Wiesner, C.M., “Experimentando a Dios en el Pobre”³. En este artículo Wiesner presenta “tres VÍAS de la vida espiritual”, a través de las cuales una persona de fe pasa cuando se compromete con el servicio y la justicia social. Él identifica estas tres vías como: “la VÍA de la observación, la VÍA del diálogo y la VÍA de la solidaridad”. Wiesner invita a sus lectores a no interpretar el progreso de una etapa a otra de una manera rígida, sino que sugiere que el trabajo para erradicar las dimensiones destructivas de la pobreza desde una perspectiva vicentina es mucho más que trabajar en el cambio

sistémico. De acuerdo con su visión, en el corazón mismo de esta espiritualidad está el compromiso radical en solidaridad con los pobres. El encuentro con el pobre, la escucha respetuosa de su voz es lo único que puede transformar la manera de ver, pensar y actuar en este camino vicentino.

Cuando presentamos “Experimentando a Dios en el Pobre” a la pastoral universitaria, nuestros estudiantes reportaron que aunque el artículo de Wiesner es claramente escrito desde una perspectiva cristiana, el camino de crecimiento espiritual descrito resuena bien a muchas tradiciones de fe y escuelas de espiritualidad de las que muchos de ellos hacen parte también.

Además de la profundidad espiritual del artículo que encuentra una resonancia excelente en nuestros líderes, las tres vías del modelo de Wiesner pueden ser fácilmente adaptados a la estructura académica anual de la universidad. DePaul funciona en un sistema de trimestres y nuestros estudiantes se comprometen en el servicio voluntario y la justicia social por tres trimestres cada año. La estructura propues-

ta por Wiesner de las tres VÍAS sirve como una estructura ideal a través de la cual organizamos los contenidos formativos durante todo el año. Todos estos factores, combinados, nos llevan a “experimentar a Dios en el pobre” y esta experiencia es la piedra angular de la pedagogía que hoy llamamos VIA (Vincentians in Action).

Varios factores institucionales permitieron el nacimiento de VIA. Sin éstos hubiera sido imposible llegar hasta donde estamos hoy. Primero, nuestra universidad tiene 10 objetivos pedagógicos. Tres de estos objetivos enfatizan dimensiones formativas que son parte de nuestra propuesta pedagógica: el desarrollo de valores socialmente responsables, adquiridos a través del servicio social y la lucha por la justicia, dentro de un marco de conducta ética; el conocimiento y respeto por la persona y los grupos diversos; y, finalmente la auto-reflexión y adquisición de habilidades para la vida en clave de principios prácticos de sabiduría. Éstos objetivos pedagógicos apoyan el ecosistema necesario para que VIA florezca en medio de nuestros estudiantes como una metodología de transformación de la vida y

de compromiso social concreto y responsable con un mundo nuevo emergente.

En segundo lugar, la división de asuntos estudiantiles de la universidad promueve la integración de la fe, el liderazgo y el compromiso cívico en la experiencia de todo estudiante de la universidad.

Finalmente, el compromiso histórico de la Universidad de DePaul para hacer más clara su identidad católica y al mismo tiempo favorecer el florecimiento de una comunidad estudiantil diversa, multicultural y multirreligiosa, le ofrece a este modelo multi-espiritual -VIA- un marco rico, desafiante y muy pertinente para el crecimiento y la transformación de nuestros estudiantes. VIA es una pedagogía para la educación pero es al mismo tiempo un camino personal de transformación.

He querido compartirles este camino para decirles que fue a través del diseño y la implementación de este modelo pedagógico llamado VIA como yo mismo me he convertido en un creyente laico, esposo y padre; he aprendido en el corazón de esta universidad que esta historia humana, marcada por la contradicción y la

paradoja, reclama el compromiso de todas y todos desde cualquier lugar en el que nos encontremos. Mis experiencias de vida en Chile (dos años), en Colombia y en otros lugares de Latinoamérica han hecho que entienda mi aquí y mi ahora de una manera comprometida con la causa de Jesús y de su Reino a la manera de Vicente de Paúl y de su familia espiritual en el mundo. Desde esta tribuna les hago un llamado a todas las congregaciones religiosas que peregrinan en la América latina a que compartan sin miedo la riqueza de sus carismas con nosotras/os, las/os laicas/os, y a que nos permitan asumir, de la manera en que podamos, toda la riqueza de estas tradiciones espirituales de las que, sin duda, ustedes son responsables en primer lugar.

Quisiera terminar añadiendo esta cita textual que describe lo que VIA es hoy:

VIA es un camino transformador inspirado en las intuiciones de San Vicente y en los esfuerzos de la familia vicentina para hacer viva su herencia hoy. Sin embargo las raíces más amplias de VIA no son un legado exclusivo de una familia espiritual, ellas son parte de la herencia propia de la huma-

nidad. Esto hace que VIA, como modelo pedagógico en la línea del despertar espiritual y de la concientización social, esté abierto a toda persona humana que desea no solamente estar en el mundo de una manera pasiva, sino que se quiere comprometer con su palabra y acción en la transformación de éste, para que la dignidad de toda persona sea reconocida y respetada. Los vicentinos en acción sabemos que este es sólo un camino entre muchos, un camino que esperamos se convierta en auténtica metodología transformadora de la vida de nuestros estudiantes en DePaul, y que les ayude a encontrar el sentido último de sus vidas”⁶⁴.

2. Mi nombre es Joyana Jacoby Dvorak, mi historia empezó cuando yo era niña, aunque no me di cuenta de esto, hasta hace algunos años. Mi papá solía ir de compras en las tiendas de la Sociedad de San Vicente de Paúl. Durante nuestros viajes de familia, él siempre paraba en cada ciudad donde había alguna de estas tiendas porque ¡le encanta comprar libros usados! La verdad es que cuando era niña no me gustaba esa imagen ya que recuerdo lo mucho que debíamos esperar mientras mi papá compraba los

libros en esas tiendas. La otra verdad es que a esta corta edad yo no sabía nada de la historia de San Vicente y Santa Luisa ni cómo ellos llegarían a ser una parte tan importante de mi propia historia personal.

Más que el amor por comprar libros, mis papás también me enseñaron la hospitalidad y la importancia de abrir nuestra casa y nuestro corazón a los demás. Los ejemplos de fe viva de mis papás siguen como una inspiración para mí hoy. Cuando un misionero visitaba nuestra parroquia, mis papás siempre le invitaban a comer en nuestra mesa. En estas largas conversaciones alrededor de la mesa familiar aprendí tantas cosas sobre la realidad en el mundo a través de las historias que los misioneros nos contaban de sus trabajos en África, India, Latinoamérica y otros lugares. Siempre escuché estas historias con mucha curiosidad, con mis ojos y mi corazón abiertos.

Después de diez años cuando estaba en mi tercer año de universidad decidí que ya estaba cansada de escuchar las historias que los demás compartían sobre la realidad. Fue durante esos años cuando tomé la decisión de en-

tregarme y compartir en profunda solidaridad esta historia nuestra. Fui a estudiar en la UCA en un programa que se llama La Casa de la Solidaridad en El Salvador. Mi educación no la recibí solamente en el aula de clases de la universidad, sino fundamentalmente en las montañas, en un pueblito con la gente. Dos días por semana íbamos a una comunidad a escuchar la realidad desde la perspectiva de los pobres. Mi guía en la comunidad fue una religiosa, mujer de Dios, llena de entusiasmo y energía; una mujer con el celo por los pobres encarnado en su vida.

Imagínense por un momento a una gringa, alta, con ojos azules, con mis chanclas y botella de agua, hablando solamente un poco de español, entrando a un pueblito como éste. Durante las primeras semanas no entendí casi nada de lo que me decían, pero poco a poco descubrimos maneras de comunicarnos. Había muchos momentos de risa, tratando de entender una a otra. Yo estaba allí no para arreglar o hacer nada, sino para acompañar y aprender de la gente. Mi alma y corazón se transformaron durante este encuentro. Recibí hospitalidad y amistad como nunca he recibido en mi vida.

Con esta religiosa, fuimos a cada casa antes que todo a escuchar las necesidades en la comunidad. No importaba si ellos eran católicos o sin fe. La cosa más importante era la necesidad -necesidad y dignidad antes que credo- una lección que he aprendido en la práctica. Con estas visitas, aprendí cuán importante es la nutrición de los niños en la comunidad. Durante mis meses en esta comunidad, las mujeres y la religiosa empezaron a organizarse. Decidieron juntas empezar un comedor para los niños. Yo vi desde el principio cómo empezaron a construir ese comedor y cómo aprendieron a escucharse la una a la otra y a trabajar juntas. Con mis ojos vi las mujeres cocinando para su comunidad juntas, compartiendo el pan de la vida.

La hermana me enseñó cómo acompañar a la gente no con sus palabras sino con su ejemplo de fe y de vida. Ella me enseñó cómo trabajar con la gente, no por la gente. Aprendí a escuchar a las necesidades (la realidad), primero, antes de tomar una acción. Aprendí la importancia de dar atención a las necesidades materiales, primero, pero también a las necesidades espirituales -atención integral-. Aprendí que cada

persona tiene un lugar en la mesa y la importancia de invitar a cada persona a compartir. No era solamente el trabajo de la religiosa, era el trabajo de las mujeres en la comunidad también. La cosa más importante fue que estas mujeres empezaron a darse cuenta del poder dentro de ellas (empoderamiento). Todavía no sabía la historia de las raíces de la hermana y su carisma, pero aprendí de ellas lo que significa ser religiosa.

Fue esta experiencia, este encuentro con la realidad en El Salvador lo que transformó mi corazón y la manera en que ahora estoy presente en la realidad. Ahora veo a los pobres como mis hermanos y hermanas, mis amigos/as, mis compañeros/as en la jornada. Desde mi experiencia en El Salvador empecé a escuchar las voces de mis amigos/as viviendo en pobreza. Entiendo que nadie es más importante que otra persona. Entender y abrazar nuestra interconexión humana tiene unas implicaciones que se hacen inevitables. Por ejemplo yo aprendí que todas las decisiones que tomo tienen un efecto fuera de mí y que tienen que ver con muchas personas y no solo conmigo misma. Me he hecho tan consciente de estas cosas que inclu-

sive beber una taza de café me hace pensar en los demás. ¿Quién la preparó? ¿Quién cultivó el café? ¿Qué tan justo o injusto fue el proceso para que yo disfrutara de esta bebida? Estas voces/preguntas siguen guiándome en las decisiones de mi vida y vocación.

Hace cinco años empecé a trabajar en la Universidad de DePaul en Chicago, más de 10 años de mi primera visita a El Salvador, y me di cuenta de la conexión entre todo lo que aprendí de la religiosa de su familia espiritual. Cuando empecé a aprender de una manera sistemática sobre la historia y el carisma de los fundadores me he dado cuenta que más de 350 años después su misión está viva y que también yo he sido invitada a vivirla. Todo este tiempo he tenido un corazón listo para servir, un corazón al lado de la gente más necesitada. Solo ahora entiendo que durante todos estos años también yo fui misteriosamente incorporada en el corazón de esta familia, de su carisma, que ya por fin estaba 'en mi propia casa'.

Me gusta mucho pensar que San Vicente sabía que el trabajo del Evangelio necesita la cooperación y los dones de las mujeres y

las laicas. Me sorprende siempre que San Vicente en el siglo XVII tuvo la visión y el valor de abrir espacios impensados para el papel de la mujer en la sociedad de su tiempo. Fue con las Hijas de la caridad por primera vez con quienes las mujeres encontraron su “claustro en los calles de la ciudad”.

Ahora tengo el privilegio de ser parte de la formación de los estudiantes en la universidad mientras ellos experimentan su despertar espiritual y su concientización social. En uno de los programas que yo animo cada año, los estudiantes están invitados a compartir una semana durante sus vacaciones para experimentar por sí mismas/os otras realidades en ciudades diferentes en los Estados Unidos y también en El Salvador y Colombia. Por una semana comparten y escuchan “la dignidad en cada historia y persona que se encuentran”. Ahora yo tengo el privilegio de acompañar a los estudiantes como la religiosa en El Salvador me acompañó a mí hace 10 años. Durante estos encuentros, los estudiantes y yo vivimos la misión y visión procurando que no se mueva y que muchas otras/os la conozcan para que también sus vidas sean transformadas. Para mí

es una gran alegría cuando los estudiantes descubren que ellas/os son parte de algo más grande que ellas/os mismas/os, sus familias o su universidad. Todas/os somos parte del sueño de Dios. Estamos convencidos de que otro mundo sí es posible. Juntos construimos puentes de solidaridad y así nos empeñamos en la construcción de este otro mundo (cf. Is 65, 17). Tengo muchas vocaciones en mi vida -mujer, laica, profesora, esposa, amiga, hija, hermana- pero estoy muy orgullosa de decir también que mi vocación es vivir en todas estas realidades de mi vida el carisma de San Vicente y Santa Luisa. Veo ahora que este carisma era parte de mi ADN, ¡una llamada de Dios! ¡Doy gracias a Dios nuestro creador, por el don de mi vida y mi vocación como laica!

Notas:

- ¹ Louise Sullivan, D.C., *The Core Values of Vincentian Education* (Chicago: DePaul University, 1997).
- ² Robert P. Maloney, C.M., *The Way of Vincent de Paul: A Contemporary Spirituality in the Service of the Poor* (New York: New City Press, 2003).
- ³ Theodore Wiesner, C.M., “Experiencing God in the Poor”, en *Spiritual Life* 33:4 (1987), 213-221.
- ⁴ Campuzano, Guillermo. “We Are VIA” in *Vincentians in Action Report 2009*.